

## BOLETÍN

DE LA

## REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

## INFORMES

## I

## «PULCHRA LEONINA»

por F. González. León, Imprenta Moderna, 1913.

(Un volumen en 8.º de 313 páginas.)

Desde que Ambrosio de Morales trató de la catedral legio-nense en su continuación á la *Crónica* de Ocampo (1) y en el *Viaje* hecho por orden del Rey Felipe II (2), las descripciones y reseñas históricas de la egregia basílica han surgido en prodigiosa cantidad. El obispo D. Francisco Truxillo, contemporáneo de aquel cronista, se ocupó también de la materia en su *Historia* manuscrita; el cisterciense Fr. Atanasio de Lobera, aunque con escasa competencia, siguió su ejemplo, en el libro titulado *Historia de las grandezas de la muy antigua e insigne ciudad e Iglesia de Leon* (3); el autor de *La Pícara Justina*, á pesar de su gusto abominable y depravado y de sus menguadas dotes en achaques de estética, no dejó de cantar, lo mejor que supo, las bellezas del templo (4); D. Antonio Ponz, en el *Viaje de España*, le dedicó varias pági-

(1) Lib. xv, capítulos XLII y LVI.

(2) *Viaje de Ambrosio de Morales por orden del Rey D. Felipe II a los Reynos de Leon y Galicia y Principado de Asturias*, publicado por el P. Flórez. Madrid, 1765, págs. 53 y sigs.

(3) Valladolid, 1526; cap. xvii, fols. 238 al 243.

(4) Segunda parte del libro segundo, cap. II, número primo. (Vid. mi edición crítica de *La Pícara Justina*, Madrid, 1912. tomo II, pág. 34, y tomo III, Nota 60, pág. 291.)

nas, más descriptivas que eruditas (1); el P. Risco, primeramente en la *España Sagrada* (2), y más tarde en su *Iglesia de Leon* (3), puso, como acostumbraba, las cosas en su punto y dió la clave para descifrar más de un enigma; Llaguno Amírola y Ceán-Bermúdez hablaron del monumento en sus *Noticias de los arquitectos y arquitecturas de España* (4), y Quadrado, en fin (5), utilizando todos estos precedentes, los presentó al público en forma metódica y aun artística, y, al mismo tiempo, proporcionó el cómodo modelo que, con mayor ó menor desparpajo, han seguido después algunos escritores, más avezados á la explotación de los fáciles filones de la paráfrasis que á observar los preceptos de la recta conciencia literaria.

Las obras de restauración, verificadas entre 1859 y 1901, manteniendo viva la actualidad del asunto por espacio de casi medio siglo, fueron causa de la publicación de numerosos artículos y monografías, y para demostrarlo bastará citar la *Memoria* de D. Matías Laviña (6); la *Guía del viajero en Leon y su provincia*, de D. Policarpo Mingote (7); las tres disertaciones que, acerca de la labor del malogrado arquitecto Don Juan de Madrazo, publicó nuestro ilustre compañero D. Adolfo Fernández Casanova (8); *La Catedral de León*, de los Sres. Ar-

(1) Tomo undécimo, págs. 199 á 211.

(2) Tomo xxxiv, págs. 208 á 217. Tomo xxxv, págs. 264 á 276.

(3) *Iglesia de Leon y Monasterios antiguos de la misma Ciudad*. Madrid, 1792, págs. 1 á 86.

(4) Madrid, 1829; tomo I, págs. 34 y sigs.

(5) *Asturias y León*, 2.<sup>a</sup> ed. (en *España, sus monumentos y artes; su naturaleza é historia*). Barcelona, 1885; págs. 425-473.

Véase también el *Ensayo sobre la Arquitectura española*, de D. José Caveda. Madrid, 1848.

(6) *La Catedral de Leon, Memoria sobre su origen, instalacion, nueva edificacion y obras de restauracion*. Madrid, 1876.

(7) León, 1879, cap. vii (hay 2.<sup>a</sup> edición de esta obra).

(8) Vid.: *Las obras de la Catedral de Leon* (en *El Diario Español* de 23 de Julio de 1878 y en *El Porvenir de Leon* de 10, 14 y 17 de Agosto del mismo año); *El Arquitecto D. Juan de Madrazo y sus obras* (en el número de la *Revista de la Arquitectura Nacional y Extranjera*, correspondiente al 30 de Abril de 1880) y el opúsculo *La Catedral de Leon salvada por el ingenio de Don Juan de Madrazo*; Madrid, 1885.

tola y Patiño (1); las narraciones de viaje del Sr. Becerro de Bengoa, reunidas en su libro *De Palencia á Oviedo y Gijón, Langreo, Trubia y Caldas* (2); *La Catedral de León*, de D. Demetrio de los Ríos (3); el artículo que, con el mismo título, y firmado por D. Juan Bautista Lázaro, vió la luz en el número de *La Lectura*, correspondiente al mes de Mayo de 1901, y la obra del Sr. Lampérez, rotulada *Historia de la Arquitectura Cristiana Española de la Edad Media*, en cuyo tomo II hállase un examen detallado de tan insigne monumento (4). Si á esto se agrega que en el extranjero ha merecido también la atención de tratadistas, como Viollet-le-Duc, Street y Enlart, y que dentro y fuera de España son muchos los estudios especiales que se le han consagrado en folletos, periódicos y revistas, no podrá decirse, ciertamente, que la catedral de León ha sido olvidada por la crónica ni desdeñada por la crítica y que no cuenta con una bibliografía tan copiosa como instructiva.

Pero lo que hasta ahora no se había hecho era interesar en la historia y descripción del templo á los lectores que, deseando algo más jugoso que las indicaciones esquemáticas de un manual,

(1) Madrid, 1883.

(2) Palencia, 1884, págs. 78 á 94.

(3) Madrid, 1895; dos volúmenes (ed. de la *Biblioteca del Resumen de Arquitectura*).

(4) Madrid, 1909 (dos volúmenes).

Véanse, además, los artículos del mismo Sr. Lampérez *La Catedral de León y sus restauradores* (en *La Ilustración Española y Americana* de 8 de Junio de 1901) y *Los restauradores de la Catedral de León* (en la revista *Arquitectura y Construcción*, Barcelona, 1901); el estudio de D. Juan Bautista Lázaro sobre *El arte de la vidriería en España* (en *Resumen de Arquitectura*, 1897-98), y la *Guía para visitar la Catedral de León*, cuya nueva edición (León, 1912) ha sido corregida y aumentada por el docto canónigo de aquella iglesia y correspondiente de la Real Academia de la Historia, D. Pedro Serrano y Sánchez. En nuestra edición de *La Pícaro Justina*, antes citada, decíamos que «en el archivo del Ministerio de Instrucción Pública, duerme el sueño del olvido un *Inventario monumental de la Provincia de León*, hecho por D. Manuel Gómez Moreno» (tomo III, Nota 60, pág. 293). Tres años va á hacer que escribimos estas palabras, y el sueño dura todavía, siendo de advertir que á personas peritísimas que conocen aquel trabajo, les hemos oído elogiarlo calurosamente y lamentarse de que el Ministerio no lo haya publicado.

no tengan, sin embargo, la preparación suficiente para haberse-las con un trabajo de técnica arquitectónica ó de seria investigación; y he aquí lo que se ha propuesto y conseguido el culto y laborioso Arcipreste de la catedral leonesa D. José González, autor del libro que motiva el presente informe, valiéndose para ello de un relato al que sirve de fondo una pequeña acción novelesca, aunque formada con elementos rigurosamente históricos.

Imagina el Sr. González que un viajero, amante de nuestras glorias y tradiciones artísticas, algo poeta y un tanto soñador, llega á la vieja capital con ánimo de admirar de cerca los encantos inenarrables de su basílica, y que allí, traba amistad con un sacerdote anciano y con el arquitecto encargado de las obras de restauración. El primero, es un leonés chapado á la antigua, que apenas ha salido de su tierra y que, acaso, por un fenómeno frecuente en tales casos, tiende á convertirla en centro del mundo; pero su clarísimo talento y sus profundos estudios le han granjeado fama de humanista eximio y de arqueólogo sutil, para el que no guardan secreto alguno ni las inscripciones de las piedras, ni los sellos romanos de los ladrillos, ni las letras y efigies de las monedas, ni los más revesados caracteres de los códices, ni las formas arquitectónicas, ni las líneas y expresión de las estatuas; es un poco brusco en sus palabras y modales, desmañado para ganar voluntades y capaz de inferir una ofensa grave á la cortesía antes que un agravio leve á la sinceridad; lo que sabe, lo sabe de ciencia propia, y ha estudiado y estudia sólo por saber, pues raras veces cedió á la tentación de transmitir su pensamiento á las cuartillas y muchas menos á la de ordenar sus millares de apuntes para darlos á la imprenta; sus teorías artísticas, históricas, políticas y sociales, buenas ó malas, razonables ó estrambóticas, tienen la marca de originalidad y solidez de todas aquellas que se han elaborado á viva fuerza en el propio yunque y merced al trabajo tenaz é infatigable que no concibe el reposo ni transige con la tregua; y, por último, es hombre que jamás se ha preocupado lo más mínimo de dejar memoria de su paso por la vida, ni de que sus huesos vayan á parar en una se-

pultura olvidada al siguiente día de su muerte. El arquitecto, leonés también, ha viajado mucho y con provecho; su espíritu es más amplio, su técnica más firme, sus juicios más fundados, más científicas sus apreciaciones, sus doctrinas más modernas, sus ideas mejor clasificadas y mayor su tolerancia, como más conocedor del mundo, cuando se trata de contrarias opiniones. Así dispuestos los factores de la acción, fácil es comprender que las conversaciones y las pintorescas polémicas que entablan y sostienen los tres personajes cautiven el ánimo, máxime si se añade que las tres figuras están copiadas del natural con más ó menos fidelidad, pues á los que tengan alguna noticia de las interioridades locales, no les costará, en verdad, mucho trabajo descubrir al autor de *Pulchra Leonina* tras del disfraz del supuesto viajero; en el sacerdote, al inolvidable D. Juan López Castrillón, y en el arquitecto, al meritísimo legionense que dió cima á la restauración de la catedral.

El lector, casi sin percatarse de ello y sin el menor esfuerzo, va enterándose del origen romano de la ciudad; de los dramáticos episodios y peripecias de la monarquía cristiana en aquellos días legendarios en que, por exigencias de la Reconquista, hubo de ser trasladada de Asturias á León; del emplazamiento primitivo de la basílica y de la instauración del culto en las antiguas termas, cedidas piadosamente á la Iglesia por Ordoño II para conmemorar la victoria obtenida en San Esteban de Gormaz; de lo que representa el célebre Fuero de Alfonso V en la historia jurídica de aquel Reino; de los proyectos del obispo D. Manrique de Lara; de las vicisitudes de la fábrica de la catedral; de la perturbación que en su purísimo estilo introdujo el Renacimiento y de los destrozos y profanaciones execrables que, en nombre de un clasicismo degenerado, perpetraron en ella los indocultos arquitectos de los siglos xvii y xviii; del proceso de las obras de restauración; de las bellezas artísticas que se atesoran en el templo; de las pinturas del retablo mayor; de las estatuas del pórtico; de los sepulcros del claustro; de las tallas del coro; de las vidrieras trabajadas en León, que son timbre de gloria para el último arquitecto; de la primorosa labor de las rejas; de la ri-

quísima custodia procesional de Enrique de Arfe, fundida para acuñar moneda por orden de la Junta de Cádiz, y, en fin, hasta del canto gregoriano, cuyas castizas modulaciones, conforme á la tradición cordobesa, se hallan tal vez aprisionadas por los neumas de los códices antiquísimos que se guardan en el Archivo, esperando el día en que surja el escogido á quien le esté reservada la empresa de romper el encantamiento en que yacen ha más de diez siglos, y tornándolas al estado que tuvieron en los tiempos de San Braulio, de Conancio, de San Leandro y de San Isidoro, deje patente la falsedad de las doctrinas de la escuela de Solesmes, que tomó por el verdadero canto de San Gregorio lo que no era más que un conjunto de fragmentos de música romana del siglo xv, zurcidos con retazos melódicos de la Iglesia bizantina, que, después de la conquista de Constantinopla, buscaron refugio y amparo en las naciones de Occidente.

Para que nada falte, el autor ha querido también hácer sentir á los lectores el áspero contraste entre el ambiente épico y devoto de la Edad Media y el ambiente de prosaico positivismo, pero de ruda controversia, que es propio de nuestros días, y, tomando pretexto de los obreros que trabajan en la restauración, trae á cuento la cuestión social con todo su cortejo de candentes ideas. Enorme y por todo extremo singular es el efecto que producen en el ánimo aquellas escenas que se desarrollan dentro de los muros que han escuchado los rezos litúrgicos de siete centurias y que oyen ahora las acaloradas disputas de socialistas y *amarillos*, combinadas con los ecos lejanos del órgano; las exhortaciones sectarias del *leader* provinciano y las palabras de rebeldía de los canteros que «hacen primores con el cincel, modelando vírgenes y santos» é interpretando con maestría asombrosa la expresión de las ternezas espirituales, mientras que sus labios blasfemos formulan la negación de Dios; y las notas airadas de *la Internacional*, que truenan contra las miserias é injusticias de la tierra, formando extraño contrapunto al místico acento de las campanas que hablan de las cosas del cielo. De lamentar es que en toda esta parte el autor, aunque impulsado por un buen deseo y por una intención inmejorable, no haya observado, como ob-

serva en otras ocasiones, la misma serenidad de juicio y la misma simpática indulgencia para aquellos que estima errores y extravíos del pensar ajeno.

\*  
\* \*

Sin duda alguna, el problema más interesante que se plantea en el libro, desde el punto de vista histórico, es el de la antigüedad del edificio, por causa del estrecho enlace del asunto con la filiación artística de aquél, y á pesar de que los críticos le consideren como definitivamente resuelto, al dar como inconcuso que el templo pertenece al estilo francés en toda su pureza.

Al decir del Sr. de los Ríos, fué D. Juan de Madrazo quien, merced á las enseñanzas que adquirió en sus viajes al Mediodía de Francia, «fijó el carácter y procedencia original del templo, asimilando su fisonomía artístico-arqueológica á las iglesias congéneres del Sur de aquella nación», y recuerda que el citado arquitecto, en un informe oficial que lleva la fecha de 20 de Agosto de 1875, escribió que «el estilo de la catedral de León es el de *La Champagne* ó el de *L'Isle (sic) de France*, correspondiente al gótico francés del siglo XIII» (1). A las influencias de las catedrales de las indicadas regiones francesas, atribuye también el señor Fernández Casanova la inspiración de la legionense (2), y, siguiendo idéntica doctrina, asegura el Sr. Lampérez que la catedral de León, como estilo, «representa el triunfo absoluto del gótico propio de la Isla de Francia y de la Champaña, cuando, libre ya de los restos románicos, se elevó á las puras líneas de las catedrales de Reims, Amiens y Beauvais», y que «el paso interior de las naves bajas, característica de las escuelas champañesas y borgoñonas, sin ejemplar en España; el pórtico del hastial Oeste, imita-

---

(1) *La Catedral de León*, tomo II, pág. 96.

(2) «Concretándonos á la arquitectura francesa del siglo XII, distingue en ella, entre otras, las dos correctas escuelas de la Isla de Francia y de la Champaña, en que se halla inspirada nuestra catedral», etc. *La Catedral de León salvada por el ingenio del arquitecto Don Juan de Madrazo*, página 7.

do de la catedral de Chartres; el tímpano del Juicio Final de la portada mayor, inspirado directamente en el de Bourges», etc., son pruebas concluyentes «de una imitación completamente francesa, y, por ende, de que el maestro que trazó y comenzó la catedral de León fué extranjero ó un español empapadísimo en las escuelas del Norte de Francia, auxiliado por *manos francesas*» (1). Así debió de ser si, como dice el mismo escritor, la españolización del estilo no se acentuó con caracteres propios hasta el siglo xiv, fenómeno cuyas causas artísticas son «el decaimiento y la unificación de las escuelas francesas, exhaustas ya para inspirar nuevas formas, y la educación de los maestros castellanos, capaces de concebir por sí mismos las grandes construcciones de la comarca» (2); mas para que esto tenga explicación, preciso es que la catedral leonesa sea posterior en bastantes años á sus modelos, pues sólo así se comprende el fundamento de la crítica que precede y el que tuvo el Sr. Lázaro para escribir que el maestro que ideó la traza primitiva quizá «fuera extranjero ó, por lo menos, *conocía muy bien las catedrales francesas, singularmente las de Amiens y Reims*, con las cuales ésta tiene evidente semejanza» (3). Y he aquí, precisamente, lo que jamás quiso reconocer D. Juan López Castriellón, quien creía, como en un artículo de fe, en el sincronismo de la aparición del arte gótico en Francia y en España, y cuyas ideas, en esta parte, traduce con toda exactitud el Sr. González, al poner en boca de aquél la afirmación categórica de que la catedral legionense «es tan antigua como cualquiera de Europa» (4), juicio que ni fué el primero en emitir ni el que hubo de formularlo con mayor alcance, pues Jove Llanos, en una de las notas al *Elogio de Don Ventura Rodríguez*, había sostenido ya que aquella catedral, que «sobrepaja á todas las de Europa en belleza, las vence también en antigüedad» (5). Los partidarios de

---

(1) *Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media* tomo II, págs. 232 y 236.

(2) *Idem*, pág. 193.

(3) *La Catedral de León* (en *La Lectura*, Mayo de 1901, pág. 12).

(4) *Pulchra Leonina*, pág. 74.

(5) Véase este *Elogio* en el tomo XLVI de la B. AA. E., pág. 368, y el texto de la nota á que nos referimos, en la pág. 380, último párrafo.



esta opinión, que hoy se hallan en exigua minoría, apóyanla alegando que á los arquitectos leoneses que, con anterioridad á la fundación de esta basílica, supieron construir el ábside de Gradefes, las catedrales de Zamora y de Santiago, el pórtico de *la Gloria*, la portada de San Mamés de Piñeiro, la iglesia de Sandoval y la antigua de Sahagún, no puede negárseles capacidad para concebir y trazar el plano de la catedral de León, ya que la habían acreditado suficientemente ensayando los primeros arbotantes, los arcos ojivos, los rosetones, los pilares compuestos, las bóvedas de crucería, los gabletes, etc., etc. (1), argumento al que replican los contradictores de la tesis que «todos estos ensayos no son sino los generales de la transición y no autorizan á considerar como propio del país un monumento de estilo *completo y puro*, avanzadísimo sobre los contemporáneos y de una escuela francesa clara y determinada no implantada en España por esta fecha» (2).

Queda, sin embargo, una duda por resolver, y que merece examen más atento que el que han venido concediéndole hasta ahora los críticos de Arquitectura: nos referimos al famoso texto de D. Lucas de Tuy, por todos invocado, pero no bastante discutido.

«Tunc reverendus Episcopus Legionensis *Mauricius* (3) eiusdem sedis fundavit opere magno, sed eam ad perfectionem non duxit» (4).

Ya Ambrosio de Morales se hizo cargo de este pasaje, observando que «mas de doscientos y cincuenta años despues de la muerte del rey don Ordoño, don Manrique, obispo de Leon, hijo del Conde de Molina don Pedro de Lara, edificó de nuevo toda entera la hermosísima iglesia mayor de Leon, que ahora vemos,

(1) *Pulchra Leonina*, págs. 100 y 101.

(2) Lampérez, loc. cit., tomo II, pág. 236.

(3) Así aparece en el texto de la edición de Francfort, que tenemos á la vista; pero como, con razón, observó Jove Llanos, que también se sirvió de aquélla, es errata por *Mauricus* (loc. cit., pág. 380, nota a).

(4) *Chronicon Mundi*, en *Hispaniae Illustratae*. Francofurti, 1608, tomo IV, pág. 110.

como el arzobispo don Rodrigo y don Lucas lo escriben» (1); siendo extraño que no aprovechase el viaje que hizo á la ciudad el año 1573 para ampliar esta escueta noticia que había dado en la *Crónica* (2). Truxillo, según el testimonio de Risco, que vió su *Historia* manuscrita, en la copia que con notas y adiciones hizo el canónigo D. Carlos Espinós, creyó que la obra mencionada por el Tudense no alcanzó á más del claustro de la catedral (3), y el P. Lobera, abundando en la misma creencia, afirma que «lo que don Lucas dixo se puede entender por hauer edificado el claustro, y al parecer reparado la yglesia de las ruynas que tenia, desde que fue destruyda por Almançor» (4). La opinión de estos dos autores hallábase inspirada, más bien que en un examen imparcial de los textos, en el afán de probar que la fábrica del tiempo de D. Ordoño era, en su mayor parte, la misma que la del templo actual, y no porque al uno y al otro les importase nada de la cuestión artística, sino por la conexión del asunto con ciertos escrúpulos que se les ofrecían respecto de la mayor ó menor antigüedad de la Sede. D. Antonio Ponz, embarullando un poco la polémica, juzgó «que la primera fábrica la mandó hacer el Rey Don Ordoño, y que destruída ésta en aquella feroz entrada del rey Moro Almanzor á fines del siglo décimo, la reedificó el obispo Don Pelayo Segundo, y que despues, á fines del siglo doce, se trabajó mucho en ella, dándole la forma y hermosura que hoy vemos el obispo Don Manrique» (5). Vino

---

(1) *Crónica*, lib. xv, cap. lvi. Morales se equivocó al decir que murió «el obispo don Manrique en la era mcccxxiii. Y es el año de nuestro Redentor mil y ciento y ochenta y cinco», porque aquel prelado falleció en 1205. (Vid. *España Sagrada*, tomo xxxv, pág. 276, núm. 216.)

(2) En efecto; en el *Viaje*, hablando de la Iglesia Mayor, se limita á decir que es «Fundación Real de algunos Reyes, y mas en particular del Rey D. Ordoño II, que está enterrado en rico sepulcro, aunque antiguo, detras del Altar mayor, en el trascoro. El y otros Reyes le dieron casi todo lo que tiene.» (Vid. *Viaje de Ambrosio de Morales*, etc., pág. 53.) Todo lo demás que escribe acerca de la catedral, refiérese á la descripción de las alhajas, reliquias, libros, etc., hecha con la misma precipitación que se observa en toda la obra.

(3) *Iglesia de Leon*, pág. 55.

(4) Loc. cit., fol. 241, verso.

(5) *Viaje de España*, tomo undécimo, pág. 203.

el P. Risco á poner término á la desorientación de esta crítica rudimentaria, y, fundándose en el pasaje del Tudense, procuró demostrar que, sin manifiesta violencia del mismo, no puede interpretarse en el sentido de que alude solamente á los reparos del edificio y á la obra del claustro, como pretendieron los citados escritores, sino á toda la iglesia (1), y Jove Llanos, como queda dicho, aceptando absolutamente esta doctrina, sostuvo que dió principio á las obras «el obispo D. Manrique al espirar el siglo XII, esto es, en 1199», deduciendo de ello que es uno de los más antiguos ejemplares del arte gótico (2), creencia de la que participó, asimismo, Llaguno Amírola, asignando la propia fecha á la construcción (3), y que no fué contradicha por su comentarista Ceán-Bermúdez, puesto que éste no reputó desatinada la conjetura de que Pedro Cebrián, que era *maestro de la obra* en 1175, fuese el que comenzase la nueva (4). De estas noticias, sin añadir una palabra más á la investigación histórica, aunque tratando la cuestión á unos cincuenta años de distancia de Risco y Jove Llanos, se sirvió Quadrado para afirmar que estaba decidida «inapelablemente la contienda», pero teniendo la cautela de declarar que «faltan datos para fijar el año preciso y el nombre del arquitecto á los cuales debe su creación aquella maravilla» (5). Conviene hacer constar que los escritores posteriores á Quadrado parecen desentenderse de la discusión seria de este extremo capitalísimo, cual si no tuviese trascendencia alguna, teniéndola tan grande, pues como el obispo D. Manrique rigió la Sede legionense desde el año 1181 al de 1205, habría que inferir que si el texto de D. Lucas de Tuy se refiere á la construcción de la actual ba-

(1) *España Sagrada*, tomo xxxiv, pág. 213, y tomo xxxv, págs. 264 y siguientes.

(2) Loc. cit., nota 10, pág. 380.

(3) «... empezada á construir por el obispo Manrique de Lara que presidió en aquella sede desde el año 1181 al de 1205 y duró la obra más de cien años.» (*Noticias de los arquitectos y arquitecturas de España*, tomo 1, página 34.)

(4) Vid. la nota de Ceán-Bermúdez en la obra y tomo citados anteriormente, págs. 37 y 38.

(5) *Asturias y León* (ed. citada), pág. 440.

sílica, el proyecto de ésta tuvo que hacerse antes del año 5 del siglo décimotercio, y, en tal caso, sería preciso confesar que es, por lo menos, coetánea de las de Laon, Noyons y Notre-Dame de París, y más antigua que las de Reims y Amiens, cuyas obras respectivas fueron comenzadas hacia 1211 y 1220 (1). Es digno de notarse que D. Demetrio de los Ríos no vió obstáculo en admitirlo así, puesto que escribe que reinando «D. Alfonso IX y su esposa Doña Berenguela, acometióse el derribo de la iglesia de Ordoño II y la *fundación de la gótica*, si no en el año 1199, como se ha dicho, al comienzo, sin duda, del siglo XIII» (2); y claro es que si la obra principió durante el reinado de Doña Berenguela, tuvo que ser antes de 1204, fecha en que fué anulado su matrimonio con aquel monarca (3).

Ahora bien; ¿hablaba el Tudense del plano que conocemos y del comienzo de su ejecución, ó de alguna traza anterior, producto tardío del arte románico, que bien pudo ser modificada ó desechada poco más tarde, en vista de los nuevos derroteros que por entonces tomó la arquitectura? Tal es el punto que hay que dilucidar, y en tanto que así no se haga, la discusión no avanzará un solo paso. Las palabras *opere magno* no significan otra cosa sino que D. Manrique tenía el propósito de hacer una obra grande, y quizá de construir un templo de nueva planta; y la frase *sed eam ad perfectionem non duxit*, solamente indica que el proyecto se comenzó á ejecutar en tiempo del citado obispo, aunque la vida no le alcanzó para verlo concluído; pero ni aquéllas ni ésta irradian luz alguna acerca de cuál fuese el proyecto ni del estado en que D. Manrique dejó las obras á su muerte. Lo único que hasta ahora se sabe positivamente respecto de la fábrica actual, es que estaba en construcción el año 1258, según demostró el P. Risco, publicando un documento del archivo legionense, por el que consta que en dicho año los prelados del Reino de

---

(1) Vid. *L'Architecture Gothique*, par Edouard Corroyer. Paris (s. a.), en la *Bibliothèque de l'enseignement des Beaux-Arts*, cap. vi.

(2) Loc. cit., tomo 1, pág. 24.

(3) Vid. Flórez: *Memorias de las Reynas Catholicas*. Madrid, 1770, tomo 1, págs. 350 y siguientes.

León, reunidos en Madrid, convinieron en dirigirse á los fieles en demanda de recursos pecuniarios para proseguir las obras de la catedral *quae de novo construitur* (1), si bien tampoco se averigua por este documento el grado de adelanto que en tal fecha lograba la edificación ni el tiempo en que se le dió principio.

Este es, pues, el estado del asunto, que resumiremos diciendo que, si bien es cierto que no puede desconocerse la fuerza de las razones aducidas por la moderna crítica artística, no es lícito tampoco menospreciar el testimonio de D. Lucas de Tuy, á pesar de la obscuridad que en este caso tienen sus palabras y que, por tanto, lo prudente es suspender el juicio, en espera de que, por incógnito camino, se hallen nuevos datos que vengán á desvanecer la duda, á precisar la relación cronológica que existe entre la traza de que habla el célebre historiógrafo y el monumento tal como hoy lo conocemos, y á concertar, en fin, el texto que nos ocupa con las doctrinas y enseñanzas de la Arqueología.

Con lo cual, sólo le resta decir al que suscribe que el señor González, publicista ya conocido ventajosamente por sus *Lecciones de Historia Eclesiástica*, por sus *Monasterios Leoneses* y por buen número de artículos que sobre Arte y Bibliografía ha dado á la estampa en la prensa periódica, se ha hecho acreedor á justos plácemes con el libro que es objeto de este informe, obra que, si es recomendable por las múltiples materias de que trata, por las interesantes noticias que contiene y por el casticismo y brío de su estilo, no lo es menos, ciertamente, por el carácter de la narración y por el vigor de las descripciones, causas de que el lector, cuando llega á la postrera línea, advierta que, en vez de sentir la impresión de indiferencia que dejan en el ánimo las páginas de una *guía*, ó de experimentar la fatiga que produce la aridez de un análisis técnico, goce del deleite de haberse interesado en el asunto, de haber penetrado en el alma de la catedral y de haber visto desfilan ante sus ojos las sombras seculares de la leyenda evocadas por el conjuro de la Historia.

Madrid, 4 de Junio de 1915.

JULIO PUYOL.

---

(1) *España Sagrada*, tomo xxxv, pág. 269.